

pena que tendrían las madres españolas si la nación hubiera enviado hombres a las trincheras. Buscó justificación en razones domésticas. Vió los inconvenientes que iban a sufrir las familias; las inquietudes y los sinsabores que amargarían a las amistades. Y si mantiene la guerra en Marruecos, no es para conservar el espíritu católico y colonizador de los antepasados, sino —como lo expresan claramente muchos autores— para servir a los amigos con suculentos contratos de aprovisionamiento.

Así, sin ideas universales, sin orientaciones definidas, viviendo en la intimidad mezquina del hogar, dependiendo de prejuicios e intereses creados, la vida política española, en circunstancias difíciles, como las de hoy día, no es más que desorientación y perplejidad. Faltan hombres. Y no existe conciencia colectiva.—F. ORTÚZAR VIAL.

Crónica de espectáculos

FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL CINE SONORO.—«LA MAGIA ROJA», «LA FAVORITA DEL ZAREVICH» Y «LA MARAVILLOSA MENTIRA DE NINA PETROWNA», TRES CINTAS MEDIOCRES.—«MANOLESCU» Y LA CENSURA.

LA PRECONIZACION del nuevo medio de expresión que significa el cine mudo no equivale solamente a la defensa de principios estéticos y a la aspiración de elevar el nivel de la cultura. El arte es conductor de ideas universales, ejerce una importante función social, y entre todas sus manifestaciones ninguna representa mejor que el cinematógrafo el medio de lograr directamente este objetivo. Hasta hace poco tiempo, paralela al progreso de la técnica, existía la divulgación de ideas profundas que destacaban el aspecto serio, el matiz psicológico, el sentido de la vida. *Varietés*, *Y el mundo marcha*, *Amanecer*, *¿Dónde está el padre de mi hijo?* y tantas otras producciones de relevantes méritos, no constituyeron simple manifestación de belleza, sino que utilizaron sus elementos artísticos para llamar la atención de las muchedumbres hacia problemas trascendentales y pensamientos de cierta calidad filosófica, que denotaban una loable preocupación intelectual. Y he ahí la razón de la funesta influencia ejercida por el cine sonoro. Sin detenernos a considerar el escaso valor estético que logran sus producciones, podemos apreciar el desplazamiento que realiza del ánimo de los espectadores hacia la musicalidad. Y como la industria ha de aten-

der las preferencias de la mayoría, tal desplazamiento no puede realizarse sino utilizando elementos frívolos: canciones y estribillos sin trascendencia alguna, que no son capaces de contener una personalidad digna de estudio.

Así han desaparecido de la pantalla las sugerencias interesantes, que hacían sobrevivir la manifestación artística en el pensamiento del público. Se concurre al cine para pasar el rato, escuchando números musicales, ligeros, insustanciales. Y es posible establecer una exacta proporción relacionando así los términos: el cine sonoro es al cine mudo lo que la revista al drama y la comedia.

* * *

Esta frivolidad del público en general perjudica a todos, directa o indirectamente. Los productores siguen atentamente las evoluciones que sufre el ánimo del espectador y tienen que desvirtuar el espíritu de las obras para no ofrecer contraste y lograr que no aparezcan sesudas y pesadas junto a las exhibiciones frívolas del cine sonoro. Esto hace que desmerezca la calidad de los últimos films que hemos contemplado. En *La maravillosa mentira de Nina Petrowna*, *La Magia Roja* y *La favorita del Zarevich* hemos podido anotar que las empresas se contentan con la presentación de ambientes de lujo, en los cuales actúa un buen actor, con prescindencia casi absoluta de las segundas partes, generalmente mediocres, y gran concurrencia de coros, o sea multitudes, a los cuales se les asigna desmesurada importancia para lograr el matiz de lo pintoresco. En tales films, el argumento casi no existe o lo que es peor, se reduce a una historieta estúpida, que sólo puede aficionar a individuos de mentalidad rudimentaria y que no tiende a transformarse, a llegar a ser algo en cuanto a calidades intelectuales. En ellos los detalles descriptivos son, a veces, admirables, pero esto es sólo consecuencia del progreso alcanzado por la técnica fotográfica; mientras los detalles sugerentes, dirigidos a la intuición, y relacionados con un argumento o una tesis, han desaparecido casi por completo. Obligan al público a conformarse con la mímica teatral de un Conrad Veidt, con la atrayente figura de Brígida Helm o Ivan Petrovich, los escenarios pintorescos y los ambientes elegantes, lo que representa, a más de la tendencia hacia la frivolidad, una predilección por el *snobismo* amanerado, por las aptitudes de imitación.

El estudio de matices psicológicos y la presentación de escenas sugestivas relacionadas con un argumento serio, de ideas

profundas, proporcionó los medios de alcanzar el arte máximo de un Carlos Chaplín. Mas si la producción de estos films de sociedad continúa y se generaliza, no podrá pasarse más allá de la muy chic mediocridad de un Reginald Denny.

* * *

A nuestro juicio la acción de mayor importancia que puede y debe desarrollar el Consejo de Censura Cinematográfica es la de encauzar esa función social del arte a que hemos hecho referencia anteriormente. Recortar películas, suprimiendo escenas de un realismo exagerado, que puede llegar a conducir hasta la pornografía, no es más que evitar las excitaciones sensuales puramente transitorias que ellas pueden producir en el espectador. Mas lo importante es procurar que el cinematógrafo, en su condición de arte, de conductor de ideas, ejerza su acción divulgando principios morales, pensamientos nobles, sentimientos generosos. Es siempre más inmoral la propaganda de una idea despreciable que la presentación de desnudos o actitudes más o menos atrevidas.

La exaltación de personajes tenebrosos actúa sobre las masas con funestas consecuencias, que es posible medir en los centros populares. Si la figura de un ladrón, de una prostituta, de un negociante que adopta procedimientos tortuosos, se presenta en la pantalla realzada por una aureola de simpatía, talento y fortaleza, se ofrece un ejemplo funesto a las clases humildes; los que viven asediados por la miseria y las enfermedades y asisten a un espectáculo que reproduce la historia de una vida fácil, lograda con ingenio y sin escrúpulos, tienen lógicamente que sufrir una sugestión perniciosa que, a la larga, puede traducirse en prácticas prohibidas. Así no nos explicamos cómo ni por qué nuestro Consejo de Censura que ha mutilado tantas cintas cinematográficas porque en ellas se presentaban actitudes más o menos provocativas, ha permitido la exhibición de *Manolescu*, la obra filmada por Brígida Helm y Mosjukin, en donde, con la complicidad de un estúpido argumento, se hace apología del ladrón elegante y de la entereza de los criminales que prefieren sufrirlo todo antes que delatar a sus cómplices.— A L F A.